

vida cuando las naciones se constituyan sobre la base de la democracia, que por encima del territorio, por cima de la raza, pone la comunidad de historia, de tradiciones, de creencias y de deseos, en una palabra, la identidad del alma entre los ciudadanos. Por tanto, á las preguntas que acaba de formular la redacción del periódico polaco *Krytica*: «si la existencia de una Polonia independiente ejercería influencia bienhechora en el desarrollo de la Europa occidental», y «si Polonia podría recobrar su independencia», la respuesta no puede menos de ser afirmativa.



CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

Conquista de Holanda y paz de Basilea

o se detuvo á la caída de Robespierre el empuje victorioso de los ejércitos franceses; pero se manifestó á la luz del día el vehemente deseo de paz que ardía en el pecho de casi todos los ciudadanos. Sin las crueldades y venganzas que lo empañaron, el régimen del Terror, consistente en sacrificar todas las energías á la guerra, sólo tuvo razón de existir mientras Francia, agredida por las formidables fuerzas de las potencias coaligadas, vió su independencia gravemente amenazada; mas ahora en que por una serie de brillantes é inesperados triunfos se había trocado de agredida en agresora y asegurado el respeto de toda Europa, como en los mejores días de su historia, necesitaba de la paz para reponerse de las tremendas pérdidas sufridas, si no quería perecer de anemia. Los triunfos no le devolvían la sangre vertida ni las riquezas gastadas. Ni tenía para abastecer á sus ejércitos, ni podían vivir éstos á costa de los países conquistados, que, pisados en el transcurso de tres años por innumerables legiones, se hallaban, aun los más ricos, como Bélgica, enteramente agotados. Se estaba á la entrada del invierno, que amenazaba ser extraordinariamente frío, y muchos de sus soldados, sin tiendas de campaña, sin zapatos, sin abrigo, pasaban las noches bajo ramas de árbol, envolvían sus pies en trenzas de paja y se cubrían con esteras. No era mucho mejor la condición de los oficiales, cuyo sueldo, pagado en asignados, se reducía en ocasiones á ocho ó diez francos al mes, y los recursos que sus familias les enviaban no llegaban á sus manos, los apañaba la administración. Su régi-

men era el mismo del soldado: marchaban á pie, con el saco á la espalda, comían pan de munición y vivían de los azares de la guerra. No se expresaban con menos viveza los deseos de paz en Alemania. Sus dos primeras potencias, Prusia y Austria, exhaustas de recursos é interesadas con preferencia en los asuntos de Oriente, deseaban desentenderse de la guerra con Francia, para rehacer su hacienda y consagrar todos sus esfuerzos á obtener la mejor parte en el reparto de Polonia. Los restantes Estados del Imperio, desde que vieron á Bélgica y la margen izquierda del Rhin en poder de los franceses, pidieron á voces la paz, previendo con espanto las grandes desgracias que les iba á traer la continuación de la guerra. Por entrambas partes, pues, los verdaderos intereses de las naciones demandaban una paz sólida y duradera, que permitiese á todas dedicarse á restaurar sus agotadas fuerzas. Pero semejante paz no podía negociarse en breve plazo, y mientras tanto, continuó la guerra con la misma fortuna que antes para los ejércitos de la República, siendo su hecho de armas más brillante la conquista de Holanda.

Dejamos en el capítulo noveno al duque de York retirándose hacia el Norte, para defender la frontera de Holanda, y á Coburgo corriéndose al Este y estableciéndose á lo largo de Mosa, entre Ruremonde y Lieja. Coburgo no tardó en retirarse, dejando el mando á Clairfait. A mediados de Septiembre, York evacuó el Brabante septentrional y se hizo fuerte allende el Mosa, conservando en la región abandonada, como puntos avanzados, Bois-le-Duc y las fortalezas de Crevecœur, Grave, Venloo, Breda y Berg-op-Zoom, en buen estado de defensa. Contaba el ejército francés cuarenta y ocho mil hombres, pero fatigados por lo largo de la campaña, no bien armados y desprovistos de artillería de sitio; por lo que fácilmente habrían podido resistirlos por largo tiempo los treinta mil que mandaba el duque de York, si hubiesen conservado alguna consistencia y nervio. Pero no les quedaba á éstos un ápice de fuerza moral. La desesperación que infunde la derrota continua y el consiguiente relajamiento, habían penetrado en todos los grados de la milicia: los soldados se mostraban cada día más indisciplinados; la discordia dividía á los oficiales, que carecían de resolución frente al enemigo, y así se explica que todas aquellas plazas capitularan vergonzosamente, no bien los republicanos se presentaron delante de sus muros. Un burgomaestre holandés, Daendels, expatriado desde el año mil setecientos ochenta y siete, que había ingresado cuando estalló la revolución francesa, en aquella legión báltava con la que contaba Dumouriez atacar la Holanda en el noventa y tres, y que figuraba ahora al frente de los que combatían la casa de Orange, comenzó á bombardear el veintisiete de Septiembre, en un pequeño destacamento francés, el fuerte de Crevecœur, cuyo comandante, Tiboel, enarboló en seguida bandera blanca y se rindió, con la sola condición de salir libremente con sus soldados. Los vencedores encontraron en la plaza cuarenta y dos cañones de grueso calibre, con los cuales Pichegru puso sitio á Bois-le-Duc, que capituló el diez de Octubre. Venloo sólo se resistió dos días. El duque de York, que, sin

plan ni tino, había estado llevando de un lado para otro las tropas fatigadas por lluvias incesantes, determinó, al capitular Crevecœur, pasar, el Wahal, y si dejó aquende el río parte del ejército, fué por los reiterados ruegos de los holandeses. El desaliento en las huestes aliadas era mayor cada día. El general Hanstein se vió obligado, para contener la desertión, á conferir á sus hesseses autorización para matar sin consultarle, á todo soldado francés que retrocediese. Así se comprende que treinta mil franceses pasaran tranquilamente el Mosa, el diez y ocho y diez y nueve de Octubre, por un puente de barcas cerca de Alfén. Tres días los estuvieron contemplando los aliados sin molestarles, y luego, batidos en algunos encuentros, se retiraron en todas direcciones allende el Wahal. Llegó el turno á la importante ciudad de Nimega, que los franceses bloquearon el primero de Octubre. Aunque mal artillada y abastecida, Nimega, asentada sobre el Wahal, era fácil de defender; mas ¿dónde estaban los defensores? Se presenciaron ahora dos hechos vergonzosísimos, quizás sin precedentes, á lo menos el primero. Un oficial distinguido, Hessois Wurmb, rehusó la comandancia por temor de caer prisionero, y el general Wallmoden, que la aceptó, evacuó la plaza el tres de Noviembre por un puente de barcas, con tal apresuramiento que el puente se quemó antes de que hubiesen pasado todas las tropas, quedando mil cien holandeses en poder de los sitiadores. La toma de Nimega hizo á los franceses señores de todo el país situado entre el Rhin y el Mosa, desde la frontera de Alemania hasta la isla Bommel. Las Provincias Unidas contaban aún con las barreras que oponían á los invasores los ríos Wahal y Leck, entre las que se hallaban acampadas las principales masas de tropas aliadas; pero estas barreras podían caer de un momento á otro. Un viento fríasimo del Norte anunciaba ya la entrada del invierno, y si, como era de temer, el Wahal, cuyas aguas corren mucho más perezosas que las del Leck, se helaba antes que éste, la situación de los aliados llegaría á ser por todo extremo comprometida, pudiendo los franceses pasar el Wahal por el puente de hielo, en tanto que el Leck les cerraría á ellos la retirada. La previsión de este suceso espantó al duque de York en términos de embarcarse para Inglaterra el siete de Noviembre, distribuyendo el mando entre el hanoveriano Wallmoden y el inglés Hartcourt.

Laureles no menos preciados cosechaban en el interin los ejércitos del Sambre y Mosa del Mosela y del Rhin, mandados respectivamente por Jourdan, Moreau y Michaud. Jourdan había diseminado sus ciento quince mil hombres á lo largo de la margen izquierda del Mosa, entre Namur y Maéstricht. Su ala derecha, mandada por Schérer, pasó el Mosa en Lieja y embistió contra la izquierda del ejército austriaco, fortificado detrás de las profundas barrancas por donde corre el Ayvaille, con tal denuedo que las barrancas fueron pasadas, escaladas las alturas y los austriacos desalojados. Clairfait retrocedió hasta el Roër, á donde le siguieron los franceses, trabándose el 2 de Octubre porfiada batalla, en la que rivalizaron en hazañosas empresas, á los órdenes de Jourdan, Kleber, Champion-

net, Bernadotte, Ney, Lefevre y otros jefes, cuyos nombres iban á llenar la historia militar. Se vió á los granaderos de Kleber pasar el Roër con agua hasta los hombros, bajo la metralla austriaca. Este general se detuvo para poner sitio á Maëstrich, que gracias á la actividad del representante Gillet, que trajo de Francia por el Mosa un gran parque de sitio, y á la habilidad del comandante de ingenieros Marescot, capituló el cuatro de Noviembre, cayendo prisioneros el príncipe de Hesse-Cassel con ocho mil hombres. El resto del ejército marchó hacia el Rhin, barriendo á los austriacos hasta más allá de este río, entró triunfante en Colonia, en Andernach, en Coblenza, dándose entonces la mano con el ejército del Norte por Cleves, con el del Mosela por Coblenza. El general en jefe de este último ejército, Moreau, había tomado á Tréveris el nueve de Agosto, después de brillantes combates contra los austriacos, á quienes no secundaron los prusianos. Espectáculo edificante fué el de estas tropas, hambrientas, en harapos, no cometer ningún desmán en el rico país conquistado, resignándose, sin exhalar una queja, á pasar las noches en las alturas que rodean la ciudad, por mandato de sus jefes, temerosos de que les tentase la opulencia de Tréveris. Nada tiene de extraño que la población de las provincias rhenanas quedase admirada y encantada de la correcta conducta de los soldados franceses. Mientras tanto, el ejército del Rhin, no menos disciplinado, paciente y humano que el del Mosela, se había adelantado por el Palatinado hasta embestir á Maguncia. Uno de sus jefes, el general Desaix, inspiraba tal confianza, que los campesinos alemanes, al acercarse su división, ni se escondían ni ocultaban sus riquezas. A consecuencia de estas victorias, los cuatro ejércitos franceses ocupaban á mediados de Noviembre del noventa y cuatro, la ribera izquierda del Rhin, desde Basilea hasta el mar.

La marcha victoriosa del ejército del Norte y la desertión del duque de York causaron perturbación profunda en la situación interior de los Países Bajos, cuyos habitantes veíanse ya encima la invasión francesa. Por abajo, en la masa del pueblo, todo era confusión y ansiedad; por arriba, en los empleados y oficiales, cundió el pánico y la desmoralización. Por el contrario, los que pertenecían al partido patriota ó republicano se agitaban con creciente audacia, á medida que los funcionarios se acobardaban y que avanzaban los libertadores. ¿Quiénes eran estos patriotas republicanos? Punto es este que conviene esclarecer, porque las denominaciones políticas cambian radicalmente de sentido según las épocas y los pueblos. La unión de Utrech, de mil quinientos setenta y nueve, había creado una federación de siete provincias completamente independientes las unas de las otras, que se gobernaban por medio de Estados generales, Estados provinciales y Consejos municipales. Compuestos de los diputados nombrados por cada una de las provincias, los Estados generales concluían los tratados, declaraban la guerra y decidían soberanamente en todas las cuestiones que interesaban al conjunto de la federación. La nobleza y los diputados de las ciudades formaban los Estados provinciales, que á su vez eran soberanos en todo

lo concerniente á la administración general de la provincia. Soberanos eran igualmente, dentro de la peculiar esfera de la ciudad, los Consejos municipales, que administraban la hacienda, distribuían los cargos y delegaban en los suyos el ejercicio del poder administrativo y del poder judicial. El cargo de consejero, fuese vitalicio ó temporal, era privilegio reservado á una aristocracia ciudadana que acabó por hacerse hereditaria. Los conflictos entre estos tres órdenes de corporaciones eran frecuentes, culpándose los unos á los otros de invasiones y de abusos de autoridad. Como miembro adicionado, sin engranaje con esta organización, estaba, por cima de los Estados generales, el *Estatuder*, jefe de la federación, investido de atribuciones no bien definidas, de donde se derivaban frecuentes luchas entre él y los Consejos. Agravaba estas contiendas el odio que al estatuderato profesaba la aristocracia burguesa, la cual intentó varias veces suprimirlo. Hallábanse en contradicción aquí la lógica de la Historia y la lógica de la organización social. Necesitando la federación de un comandante general del ejército y de la flota, de un jefe que la representase en las relaciones de los demás Estados, por la lógica de la Historia se confirió esta función á título hereditario á la casa de Orange, que por sus gloriosos recuerdos, por los servicios de sus antepasados y por sus alianzas en las casas reinantes de Europa era popular para una buena parte de los ciudadanos y aseguraba á la federación el respeto en el exterior; pero, por la lógica de la organización social, procedía que esta suprema magistratura fuese electiva y ejercida por un ciudadano de prestigio, designado ya por los Estados, ya por los Consejos. Existía, pues, en Holanda hondo y secular antagonismo entre los orangistas y la aristocracia municipal, hereditaria de hecho, celosísima por la conservación de las antiguas libertades, pero que sentía lastimado su orgullo por la existencia del estatuderato hereditario en una familia de príncipes, y que aspiraba á verlo ejercido por uno de los de su casta. Este partido era muy poderoso, mayormente en la provincia de Holanda, la más rica de todas y que ejercía una especie de supremacía sobre el resto de la Unión. Apoyaban al estatuder la mayoría de la antigua nobleza y las clases media é inferior de las ciudades, que preferían la monarquía á una oligarquía altiva y desdeñosa. Realmente, la casa de Orange era popular, querida por el pueblo, y tendía á la igualdad, mientras que los llamados patriotas, gente rica y amante de las antiguas instituciones, defendían el privilegio y componían una aristocracia. Dos siglos llevaban de lucha contra el estatuder, y recientemente, en mil setecientos ochenta y siete, habían provocado una guerra civil, á la que puso fin la intervención armada de Prusia. Muchos patriotas emigraron, los más á Francia, cuyo monarca, por odio á Inglaterra, les dispensó benévola acogida, admitiendo á su servicio, en calidad de oficiales, á ciento cuarenta de ellos. Tales eran los republicanos holandeses, que, como se ve, nada tienen de común con los franceses, fuera del odio á la monarquía. Esto bastó, sin embargo, para que se entendiesen. Desde principios del noventa y cuatro, los jefes de este partido se pusieron en relaciones con el gobierno convencional,